dolorida, al contemplar el rostro, la actitud y la turbación de la esposa de su amigo. Se aproximó por completo y apoderándose de su mano del mismo modo que lo hiciera un médico para pulsar á un enfermo, la conservó entre la suya durante unos momentos, pudiendo apreciar de este modo el estado de agitación y de inquietud en que se hallaba Luisa.

—¡Es usted muy madrugadora! dijo. No creía tener el placer de verla hasta medio día.

—He cambiado por completo mis costumbres, contestó Luisa sonriendo tristemente. Ahora me retiro más tarde á mi cuarto y me levanto más temprano que antes... Además, aquí no se puede hacer otra vida que esa.

—¿Y... lo siente usted?

—De ningún modo. ¡Ojalá hubiera hecho siempre la misma!...

Permaneció después un instante silenciosa, y añadió con entrecortado acento:

—Hubiera evitado muchas penas á los demás y aun á mi misma.

Cendrin ofreció entonce su brazos á Luisa y la condujo hacia un ancho sendero á cuyos lados se levantaban frondosos árboles, que interceptaban, formando compacta bóveda, los matinales rayos del sol.

—Por lo que veo, preguntó con dulzura Cendrin, no ha vuelto á renacer la calma en los espíritus?

—En apariencia, sí, pero en realidad, ¿quién puede decirlo? Si se debe juzgar por lo que yo

misma experimento, la inquietud es siempre viva y profunda...

—¿Ha tenido usted con David, alguna entrevista, alguna explicación, desde que han venido á habitar este castillo?

—Tan solo una vez, con objeto de anunciarme su propósito de dar nuestra hija en matrimonio á Raoul Pérignon... Al comunicar á usted dicho proyecto, no creo cometer una indiscreción...

—No señora, lo conocía hace ya tiempo... ¿Y durante esa conversación cual fué la actitud de David para con usted?

—Muy buena, como siempre... No tengo más que alabanzas para él... y creo que tampoco se quejará de mi conducta.

No contestó Cendrin á aquella enmascarada pregunta que se le hacía; insistió Luisa sin embargo y fijando en él sus ojos, preguntó:

—¿Le ha hablado á usted de mí?

—No ha pronunciado su nombre de usted ante mí; verdad es que le he visto sólo durante cortos instantes.

—Un minuto hubiera sido lo bastante, respondió Luisa con tristeza. David ha hecho completa abstracción de mí en lo que respecta á la vida privada... Aquí, no hago otra cosa sino aguardar...

No pudo concluir; sus ojos vertieron abundantes lágrimas, que cayeron en abrillantadas gotas sobre las rosas que conservaba en su mano.

—Le he hecho muy desgraciado, dijo, y todavía sufre cruelmente por mi causa... ¡Pero, cuán severo es mi castigo!... Á la sola idea de que no me restan

más que unos meses, quizás algunas semanas de permanencia en esta casa, y de que perderé entonces el sitio que debiera ocupar en la familia, siento destrozarse toda mi alma... Y esa atroz preocupación que no me abandona durante el día, me despierta asimismo todas la noches, presa del mayor sobresalto, creyendo hallarme ya lejos de mi hogar y buscando á tientas en la obscuridad algo que pueda darme el más ligero indicio del sitio en que me encuentro. Es en fin, una perpetua agonía, que amarga por completo mi existencia y que sin embargo quisiera prolongar hasta lo infinito, persuadida de que el día en que termine, mi desdicha será mucho más terrible de lo que hoy en día es. Usted sabe mejor que nadie, como, guiada por la más incalificable locura, he desconocido y menospreciado las dulces y apacibles satisfaciones de la familia, entregándome de lleno al placer, al ruido y al aturdimiento de las grandes fiestas... ¡Desdichada de mil... ¿Dónde, dónde tenía los ojos para despreciar de ese modo, el santo amor de mi esposo y de mi hija?... En cambio, hoy, todo lo que antes era para mí motivo de desprecio, se aparece ante mi vista rodeado de una aureola de pureza, dentro de la cual quisiera hallarme aun á costa de mi propia vida, y entonces, me digo á mí misma que no he sido tan culpable, para que David se muestre tan inflexible conmigo... Y sin embargo, es así, pues á juzgar por la firmeza con que mi esposo ha sufrido la horrible y dolorosa prueba que mi desatinada conducta le ha impuesto, puede verse desde luego su no menos firme resolución en llevar á cabo su voluntad.

Cendrin la interrumpió en aquel instante, y separando con el pie las secas hojas que cubrían el camino, preguntó:

—Bueno, ¿pero cuál es el objeto que guía esa voluntad?

—Él mismo me lo ha dicho. Al siguiente día de la boda de mi hija, saldré de esta casa para no volver jamás á ella.

—¿Y qué explicación podrá dar entonces á Cecilia de una partida tan brusca?

Luisa se estremeció y dijo con sofocado acento fijando en Cendrin su extraviada mirada:

—¿Crée usted, que tendrá el terrible valor de revelarla la verdad?

—¿Y usted, añadió Cendrin, le cree capaz de enseñar á una hija á despreciar á su madre?

Luisa inclinó la cabeza y dijo con acento de desconsoladora tristeza:

—No será él, sino yo misma, quien la enseñe á despreciarme... Por otra parte, ¿qué exigencias puedo yo tener, ni qué género de piedad puedo invocar?... Entre David y yo, existe lo que es irrevocable; jamás me otorgará su perdón, ni yo osaría implorarlo, segura como estoy de no merecerlo.

—Me complace y apruebo esa humildad, repuso Cendrin. Creo que David también se mostrará satisfecho de ella, y que ha elegido usted el mejor camino para apaciguar su justa indignación.

—Le suplico sin embargo, que no vea en mi conducta nada que sea premeditado. En la terrible desesperación en que me hallo sumida, no me resta ya ni aun la fuerza de calcular... Todo cuanto di-

go y cuanto hago, es tan profundamente espontáneo como sincero.

—¿Pero la actitud de David no ha sufrido cambio alguno después del que usted misma ha experimentado?

—¡Le veo tan poco!... Almorzamos y comemos juntos y me dirige entonces la palabra en términos generales; eso es todo. ¡Si á lo menos se hubiese hecho cargo de la transformación que se ha verificado en todo mi ser!... Lo ignoro, aunque es muy posible que ni siquiera se haya fijado en ello.

—¿Y á pesar de todo eso, no encuentra Cecilia raros ese alejamiento y esa frialdad?

—¿Acaso no ha sido siempre lo mismo? Antes era yo quien para nada se cuidaba de David, y hoy, es éste el que se aleja de mi lado, sin que entonces ni ahora hayamos dejado de simular un afable y continuo trato. Ya ve usted, pues, que Cecilia no ha cesado de vernos vivir en la intimidad, así sea ésta aparente. Después, cuando se case, abandonará el hogar paterno, y al cabo de cierto tiempo la dirán, que hallándome enferma y deseando como siempre la soledad, he partido á lejanos países en busca de determinadas aguas curativas y... su padre la hará comprender que estando mi razón algo turbada, no se me debe molestar para nada en mi retiro... Entregada por completo á su nueva dicha, aceptará como buenas esas explicaciones y no tratará de abandonar á su marido para ir en mi busca... Más tarde, cuando llegue á ser madre, ocuparán sus hijos el sitio que para mí se hallaba reservado en su corazón, y, poco á poco

llegará á darme al olvido, en tanto que David, rodeado del más tierno y más respetuoso cariño, ocupará un sitio preferente en aquel nuevo hogar; educará á sus nietos en los sanos y rectos principios en que siempre se ha inspirado, y llegará por fin á la vejez en medio de la más dulce y apacible dicha. He ahí el destino que la Providencia nos habrá reservado con entera justicia: para él una merecida felicidad; para mí una no menos justa desesperación. ¡Ah! si fuera posible que la mujer que va á faltar á sus deberes, tuviese ante sus ojos en el momento decisivo, la visión bien clara y bien precisa de la vergüenza que el presente la ofrece y los dolores que el porvenir la reserva, se echaría atrás, al borde mismo del precipicio, jurando no acercarse más á él.

—También existen otras, dijo Cendrin con grave entonación, que han llegado por medio del arrepentimiento á desarmar la severidad de sus jueces, en primer término, llegando más tarde á obtener el anhelado perdón.

—Puede perdonarse en efecto una falta que se ha cometido en un instante de obcecación ó de locura, pero, ¿cómo perdonar el crimen consciente, el incalificable reto lanzado al rostro del ultrajado marido? Créame usted, eso es imposible. Entre David y yo existen palabras que no pueden darse al olvido, y es por lo que intenté darme muerte. Usted me atajó en mi resolución, y creo á veces que hizo usted mal en ello.

—Y yo estoy seguro, por el contrario, de que he hecho muy bien en obligarla á vivir; exclamó Cen-

drin, y al obrar de este modo he contraído con usted un compromiso moral, al que no faltaré ciertamente.

No he pretendido nunca imponer á usted un suplicio, firme siempre en mi creencia de que al final del doloroso camino por el cual dirige sus pasos, ha de hallar la redención de su falta, y si por acaso no fuese el mismo David quien se la concediese, usted sería su propia redentora, desde el momento en que, purificada por la dolorosa prueba á que hoy se halla usted sometida, y reanimada por el valor y la resignación, encuentre en la satisfacción del deber cumplido, justo remedio á todos sus pesares. Existe además algo que es justo y que jamás se equivoca ni engaña. Y si por casualidad no fuese David accesible á ese eterno sentimiento de justicia que reside en el fondo del corazón humano, no dude usted un momento que brotaría de repente en el de su hija, llegando á ser ésta el más poderoso é irresistible agente de una reconciliación entre ustedes. Ese es el porvenir que yo la presento, á cambio del que usted pintaba hace poco con tan negros colores, y la suplico que vea en mí á un filósofo pero de ningún modo á un verdugo, pues creo que no hayamos venido á este mundo miserable tan solo para sufrir, y que á cada sér le está reservado gozar de una mayor ó menor dicha. Por lo tanto, no lo dude usted, si hubiera podido suponer por un momento, que todo estaba perdido para usted, lejos de haber impedido su muerte, se la habría facilitado.

Luisa juntó ambas manos en actitud de súplica

y murmuró pintándose la alegría y la duda al propio tiempo en su semblante:

—¡Dios mío, si yo pudiera creer en tanta dicha!

Unos pasos que hacían crujir las hojas secas del sendero, llamó entonces su atención y vieron llegar á Cecilia por el extremo opuesto á la alameda.

—Vaya, dijo Cendrin señalando con la mano hacia el sitio por donde había aparecido Cecilia, ahí tiene usted al ángel del perdón.

Luisa enjugó rápidamente sus ojos, llenos todavía de lágrimas, y vió aproximarse á su hija, envuelta por decirlo así, en un pálido rayo de sol; la cariñosa sonrisa que ya desde lejos dedicaba á su madre, parecía confirmar las últimas palabras del sabio profesor.

—Hace ya más de un cuarto de hora que les busco á ustedes por todas partes. Papá ha preguntado por el señor Cendrin, pues á lo que parece, tienen ustedes que ir á la fábrica para hacer no sé qué importantes experimentos, y es preciso ser exactos para la hora del almuerzo.

—Está bien hijita; vamos allá, dijo Cendrin; pero conste que no nos hemos retrasado... Mira, precisamente ahora tocan la campana.

Los experimentos que Cendrin se hallaba invitado á presenciar, debían de tener incontestable alcance, pues Herbelin, que nunca se alababa, había manifestado á su amigo, que si el nuevo aparato llegase á dar lo que los estudios prometían, sería para el inventor una verdadera fortuna. Pero siendo él el inventor, y no teniendo ya necesidad de fortuna, guiábale solo el amor propio en aque-

lla ocasión; así es, que no cesó de explicar las complicaciones de su invento en tanto que duró el almuerzo. A la una salieron en coche hacia la Neuville, David, Cendrin y Raoul, pues se habia convenido de antemano con el coronel, que éste iría á reunirse con ellos después de dar un paseo á pie hasta la fábrica, y fumando su consabido cigarro.

Luisa y Cecilia permanecieron solas, pensando la primera en el apasionado entusiasmo de su marido, que no podía menos de admirar, y preocupada la segunda con la sospecha de los peligros que el experimento podía ofrecer. Muy poco había faltado en efecto, momentos antes, para no proponer á su padre que la permitiera acompañarle á la Neuville, pero retrocedió en su empeño, temiendo se creyese lo hacía, atraída por la presencia de Raoul. Quizás si la inocente niña hubiese buscado otra causa en el fondo de su pensamiento, habría observado también, que al no hacer la susodicha proposición obedecía al secreto deseo de no infundir celos á Laroque, pero las ideas que agitaban su mente eran demasiado complejas para que no produjeran en ella, profunda y natural turbación.

Pasaron una gran parte del día dedicadas á su labor, y ya se disponían á recogerla y á dar una vuelta por el parque, cuando llegó á sus oidos el ruido de un coche sobre la arena del patio: iban ya á lanzarse á la ventana con objeto de ver quién era el que llegaba, cuando Pérignon entró precipitadamente en el salón. No aguardó á que le hicieran pregunta alguna, y arrojando su sombrero sobre la mesa, y con aire consternado, murmuró con apagada voz:

—¡Señora, están locos, pero locos de atar!... Será un verdadero milagro que alguno, sinó todos ellos, no quedan hechos añicos antes de que llegue la noche!... Cuidado que yo no tiemblo por nada, pero preferiría mil veces, tomar al asalto una batería en el momento de lanzar la metralla, que hacer lo que ellos hacen!

—¿Pero de qué se trata? exclamó Cecilia asustada, y á quien las espantosas afirmaciones del coronel, confirmaban gravemente en sus previsora inquietud.

—¡Pues nada, una frioleral Están todos en una especie de soportal contiguo á la sala de máquinas, ocupados en hacer un nuevo experimento que consiste en almacenar la electricidad... Y, figúrense ustedes, con solo un escape de gas un poco violento, aquello vá á estallar como una bomba, y van á quedar hechos una tortilla... Pues, no señor; allí están muy tranquilos al lado de los aparatos, y discutiendo con entera calma, aguardando á que estos últimos se pongan en movimiento... ¡No permanezcáis ahí, imbéciles, les he gritado, no véis que puede saltar la máquina!... Pues, en efecto, no me han hecho caso. Hasta el director, el jovencillo ese, Laroque, se ha atrevido á contestarme con la mayor frescura, que la máquina había ya estallado dos veces, hallándose él presente, y que ya veía que no se había muerto... ¡Es el más loco de todos!

—¡Dios mío! murmuró Cecilia cuyos pálidos la-